

EXAMEN DE LIBROS

Francisco MORALES: *Ethnic and social background of the Franciscan friars in seventeenth century Mexico*. Washington, Academy of American Franciscan History, 1973, xiv + 166 pp. [Monograph Series, 10].

Este reciente libro de Francisco Morales, O.F.M., podría definirse como una obra de historia social en la que el análisis cuantitativo de los datos proporcionados por las fuentes ha sido el procedimiento seguido para llegar a una conclusión bastante simple: en México, en el siglo xvii, la orden franciscana atrajo principalmente a creyentes blancos —españoles y criollos— de la clase media. La conclusión, en realidad, se aplica sólo a la provincia del Santo Evangelio, pues los datos manejados provienen exclusivamente de los conventos de México y Puebla. Las fuentes básicas de Morales fueron: a) los *Puebla de los Angeles Papers* de la biblioteca John Carter Brown, b) el *Fondo Franciscano* de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, y c) el *Archivo Franciscano* de la Biblioteca Nacional de México. Los dos primeros contienen ricas colecciones de *informaciones de novicios*; el tercero, documentos diversos sobre el modo de admitir candidatos a la orden y sobre cuestiones internas de la misma.

La elección del siglo xvii como período de estudio se debió a la abundancia de documentación disponible de esa fecha, y a que fueron muy numerosas las profesiones de criollos y no tanto las de españoles, como en los primeros años de la evangelización. Con este hecho muestra Morales un importante aspecto del crecimiento de la sociedad criolla durante el segundo siglo de la colonia.

La obra consta de siete capítulos. El primero estudia los problemas de la selección de los candidatos a ingresar en la orden, poniendo énfasis en la cuestión de la pureza de la sangre, cuestión que, muestra Morales, llega al siglo xvii desprovista de su significado original religioso-racial y convertida en un elemento de status social, de cuya consideración no escapaban las órdenes mendicantes. El autor da tanta importancia a este punto que inclusive le dedica las últimas palabras del libro: "Todo estudio sobre la

composición étnica y social de una orden religiosa que no lo tome en cuenta corre el riesgo de llegar a conclusiones muy discutibles.”

El segundo y el tercer capítulos tratan de la admisión de indios y mestizos a la orden seráfica, uno de ellos ocupándose de las primeras teorías y experiencias del siglo xvi, y el otro estudiando el fenómeno en la práctica en el siglo xvii. El capítulo cuarto se ocupa del desarrollo de los grupos de frailes criollos, gachupines (españoles que tomaron hábito en la península) e hijos de provincia (españoles que tomaron hábito en México) y de los conflictos entre ellos, que dieron por resultado la implantación del sistema de “ternativa” en el gobierno de la provincia.

Los tres últimos capítulos están dedicados al origen social de la gran mayoría de los miembros de la orden en el xvii, esto es criollos y españoles, estudiando por separado a: 1) hijos de miembros de la nobleza, hidalgos y caballeros —con un subcapítulo innecesario sobre la nobleza en Nueva España—, 2) hijos de funcionarios de gobierno, comerciantes, terratenientes y profesionales, y 3) hijos de artesanos.

El estudio de Morales parte de las *informaciones* con que los candidatos apoyaban su solicitud de ingreso a la orden. El autor las agrupa de acuerdo a la ocupación o clase social de los padres de estos candidatos del modo que queda referido en el párrafo anterior. Cuando se trata de candidatos de cierta edad es frecuente que los antecedentes tomados en cuenta sean los del propio aspirante y no los de sus padres. El procedimiento no es siempre muy feliz, porque los cajones de la clasificación no son excluyentes uno de otro. Entre los hidalgos y caballeros, por ejemplo, hay funcionarios de gobierno que Morales ya no cuenta entre éstos. Si aparece por ahí algún artesano que haya ocupado algún puesto oficial, como Blas Segura, padre de Manuel Segura (p. 119) nuestro autor lo clasifica entre los artesanos. Cuando llega el momento de clasificar a Diego Picaso, padre de Alonso Sánchez Picaso (p. 107), comerciante que ocupó una posición en el gobierno, se le mete en el casillero de los funcionarios. Caso llamativo es el de fray Diego Mendes de Sousa (p. 89), hijo de padres de condición hidalga, bachiller, licenciado y doctor por la Universidad de Coimbra, a quien se cuenta entre los hijos de hidalgos. En cambio a fray Gonzalo Álvarez de Sousa, portugués como el anterior, también hijo de hidalgos, maestro en arquitectura por la Universidad de México, se le cuenta entre los profesionales. Las inconsistencias

de este tipo son tan numerosas que el lector a cada momento tiene que ponerse a reflexionar ¿por qué éste aquí y el otro allá? El hecho podría no tener importancia si no se tratase de un trabajo de tipo cuantitativo, pues pensaría el lector: nos está dando ejemplos variados, para que veamos todas las modalidades y circunstancias. Pero no. Morales está haciendo una clasificación muy formal.

Las estadísticas que el libro ofrece, tomadas de las mismas *informaciones*, no son equiparables pues no cubren siempre ni las mismas áreas ni las mismas fechas. Así pues, son discutibles las comparaciones que el autor establece entre unos y otros cuadros. La rica información contenida en las fuentes hubiera podido ser tal vez mejor aprovechada, incluyendo datos como lugar de nacimiento del candidato, edad de ingreso a la orden, etc., si Morales hubiera recurrido a un sistema de tablas gráficas o matrices, donde no hay necesidad de sacar totales o porcentajes, sino sólo de construir con ellos un diagrama visual. Es desde luego el sistema más adecuado para aquellos casos en que la información no es homogénea.

Dos cuestiones discutibles más hay que señalar. La primera es que puesto que el autor hace muy pocas menciones sobre la edad de los candidatos admitidos y ninguna sobre la longevidad de los frailes, hay que suponer en todos los grupos sociales estudiados una misma situación al respecto, ya que de otro modo pudieran modificarse algunas conclusiones. La segunda es ésta: los candidatos admitidos en la orden en el siglo xvii fueron 2 500 aproximadamente, y los datos de que Morales dispone se refieren a sólo 1 300, de los cuales casi 1 100 pertenecen al grupo de hijos de funcionarios de gobierno, comerciantes, terratenientes y profesionales. Las conclusiones que nos ofrece son válidas si y sólo si la otra parte no estudiada —casi la mitad de los frailes— tiene las mismas características.

Tocando un tema más subjetivo, el lector se siente tentado a reflexionar sobre un punto: el interés del autor —que sabemos es compartido por otros historiadores religiosos— por ir descubriendo cómo las órdenes mendicantes se iban apartando cada vez más de sus ideales primitivos y cómo pesaban en sus decisiones consideraciones de tipo político, prejuicios raciales, conveniencias sociales, y hasta modos y manías. La labor de algunos de los primeros evangelizadores en Nueva España fue excepcional aun para

el siglo xvi, y no queda fuera de esta consideración la orden franciscana. El hecho de que muchos historiadores religiosos de nuestros días se muestren dispuestos a estudiar sin prejuicios la historia de la iglesia es por cierto digno de encomio, y abre muchas esperanzas en otros investigadores. Ellos tienen acceso a muchos archivos vedados a los laicos, y cuyo contenido apenas ha sido dado a conocer a través del tamiz de la más rigurosa censura. Esperemos de ellos el fruto de investigaciones tan interesantes como la presente.

Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ
El Colegio de México

Nuevas notas sobre las haciendas mexicanas

Ricardo Lancaster Jones, de Guadalajara, Jal. ("La biblioteca jalisciense", en *Historia Mexicana*, n: 2 [6] [oct.-dic. 1952], pp. 281-285; y "La hacienda de Santa Ana Apacueco", en *Boletín de la Junta Auxiliar Jalisciense de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, ix: 4 y 5 [ene.-abr. 1951], pp. 149-178), enriquece la literatura histórica sobre las haciendas mexicanas con una nueva aportación: *Haciendas de Jalisco y aledaños—1505-1821*, Guadalajara, Financiera Aceptaciones, 1974.

El texto de este libro viene acompañado de numerosas ilustraciones, fotografías de portadas de casas habitación, un acueducto, una iglesia, un patio interior, fuentes de diversas haciendas y reproducciones parciales de mapas y otros documentos que el autor ha ido coleccionando perseverantemente.

En lo que escribe el autor va a su asunto en derecho, fácil y sencillamente, le interesan los individuos que por merced, composición o compra hicieron y deshicieron esas grandes propiedades territoriales llamadas haciendas. Primero fueron éstas los premios del conquistador, empezando por Nuño de Guzmán, después los de los hombres de empresa. Acaparando y peleando por tierras, los españoles conocieron la geografía de Nueva Galicia, distinta por silvestre, despoblada y más vasta que la de Nueva España. Según lo que encontraban, configuraron haciendas grandes en tierras malas o pobres para la agricultura, chicas en tierras de regadío, y enormes que llenaron de ganado mayor aprovechando los pastizales de aquí y de allí para formar potreros. A veces conservaron los nombres indígenas de los lugares, otras dieron nombres espa-